



Jesús David Curbelo

El lobo y el centauro

ediciones de

afuera

El lobo y el centauro

Jesús David Curbelo

El lobo y el centauro

ediciones de
afuera

Foto de portada: *Un camino oscuro*
© Marta María Pérez

Primera Edición: Ed. Capiro, Santa Clara, 2001

Copyright © 2005: Jesús David Curbelo

Todos los derechos reservados
Impreso en los Estados Unidos de América

ISBN 0-9764187-2-X

Una publicación de Ediciones de Afuera
edicionesdeafuera.com
info@edicionesdeafuera.com

A Elside.

A Janett.

A Lilia Amel.

Indice

I – LAS ELEGÍAS DEL LOBO	9
Primera Elegía	11
Segunda Elegía	14
Tercera Elegía	18
Cuarta Elegía	25
Quinta Elegía	29
Sexta Elegía	32
Séptima Elegía	38
Octava Elegía	42
Novena Elegía	46
Décima Elegía	51
II- LOS SONETOS DEL CENTAURO.	56
El mensaje	58
Los pasos	59
El pan	60
La sal	61
El vino	62
La carne	63
El arco	64
La orgía	65
La resaca	66

El temblor	67
El río	68
La orilla	69
La horda	70
El adalid	71
El altar	72
La farsa	73
El disfraz	74
El traidor	75
La guerra	76
La derrota	77
El prófugo	78
El veredicto	79
La cárcel	80
El epitafio	81
La leyenda	82
Notas	83

*... das freie Tier
hat seinen Untergang stets hinter sich
und vor sich Gott, und wenn es geht, so gehts
in Ewigkeit...*

RAINER MARÍA RILKE

I - LAS ELEGÍAS DEL LOBO

*Déjame en el monte, déjame en el risco,
déjame existir en mi libertad.*

RUBÉN DARÍO

Primera Elegía

A Félix.

Soy el lobo.

Paseo entre el rebaño

(contra, o bajo el rebaño, o sobre, o sin)

y capto sus argucias,

sus murmullos tan íntimos:

“¡Oh, qué hermoso animal si fuera un perro!”

“¡Cuánta sangre ha empeñado por asirse a un mendrugo!”

“¿No le bastan el riesgo y la osadía de fingir que es un ángel?”

Ahora soy el lobo.

Un lobo fiel, ternísimo,

capaz de cercenarse los colmillos para salvar la mesa,

para llenar la casa de oraciones que protejan del ocio.

Soy el lobo que anuncia su convite

y advierte a las ovejas

que la angustia no es más que un paso en falso,

el límite entre el aire y la excrecencia.

Soy un lobo dispuesto a disfrazarme

(de profeta, de sabio, de mendigo,

de príncipe, de Dios, y hasta del Diablo)
e ir de niño a cordero
sin atender ningún rumor ambiguo que se esmere en helarme las
plantas.

Soy el lobo.
Me lanzo a la barbarie.
Pulso la senectud y la demencia.
Me afinco en la raíz del universo,
en la porción de aliento que me toca para humillar al sol,
y firmo un documento multicolorde, vibrante,
que habla de las rarezas de la especie,
del virgen agujero por donde irá mi alma hasta la luz.

Soy el lobo.
Medito.
Me declaro leal al escozor de las maderas,
al sopor vespertino de las jóvenes lobas
que abrevan en la casta de mis huesos,
a la labranza múltiple de un signo
que decore mi rostro en el naufragio de las víctimas tibias.

Soy el lobo.
Me cebo en quienes sueñan con agredir las vértebras del odio.
Asolo. Tiemblo. Aúllo. Mi puerta está entrejunta.
Retorno al nimio ardid de desnudarme.
Con mi pelambre cubro los espejos

por no ver otros lobos con sus muecas de pánico,
con esa incertidumbre que deja en el hocico la pérdida de un reino.

A mí me sobra fe para ser lobo,
y me sobran terrores, alabanzas, enigmas
donde urdir la masacre de mi raza,
y reírme de los tigres, los pastores,
las trampas que me tienden la perfección y el juicio.
Soy el lobo.

Apesto.

Luzco llagas que harán palidecer a los verdugos,
a las cabras, y al magno cazador si se atreviese
a cruzar la humildad de mi recinto
y caer en la raíz del universo,
allí donde ya estoy, donde le aguardo.
Soy el lobo. Acudid a mi banquete.
Aquí os daré la sal y la fragancia.

Segunda Elegía

A Rafael Zequeira.

La aldea que ahora rondo tuvo un mercado al centro.
Alguna vez pendieron de sus vigas las carnes más sangrientas,
las que junto a los restos intestinos
toleraban la insidia de las moscas
y el asedio de manos, ojos, dientes,
prontos a desdoblarlas en la euforia de banquetes salobres.
Allí atisbé cruzar a mercaderes, a mucamas encintas,
a señoras de raza mordisqueando una fruta con sabor a sus
 hambres,
a humildes mayordomos buscadores de aliños,
a hechiceros y jefes con los labios manchados por la grasa del
 éxito;
de todos esperaba un anticipo, un accidente,
la distracción exacta que arroja al menester del pordiosero una
 limosna.
Pero nunca la tuve si no entraba a robar en lo oscuro del baile.
Vi sus rostros de júbilo tras la audacia de los desolladores
tras las ejecuciones de los tontos acérrimos,
tras la pompa de un torpe reyezuelo sin casta,

tras los vítores hechos para reivindicar tantas guerras
incógnitas.

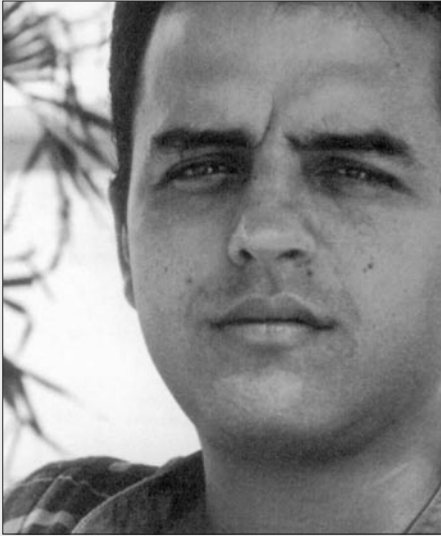
Tuvo también la aldea una oleada de música:
limpias hembras que andaban hasta el río para anegar sus
márgenes,
para mostrar los senos a sus dioses con igual parsimonia que
quien funda un cometa,
con el mismo donaire de quien cuece la gloria en las fauces del
diablo;
dulces hombres amantes del sopor de la tierra,
creyentes de que el tiempo iba a ser inviolable,
de que todas las barcas volverían de la niebla con el mástil intacto.
La villa gozó niños que crecieron al son de promesas purísimas,
ancianos con el mísero tesoro de proteger retazos de leyendas,
madres que al ver al rey se persignaban,
padres cuyas efigies se esfumaron en el fragor de asir el estandarte.
Dentro del bosque, yo los miré pasar hacia la abulia.
Desde la orilla, aceché en la resaca el hedor de sus vísceras
naufragando en el delta.
Un buen día dejaron de irrumpir los correos,
el bregar de sus potros, el alquitrán ambiguo con que
calafateaban sus navíos,
la rabia de sus machos persiguiendo a las niñas para tatuarle el alma,
la sed de sus jinetes de blancura inaudita,
la voraz comezón con que arrastraban legumbres, viandas,
piedras,

hacia el dorado efluvio de las naves, los carros, las barracas
donde corría el sudor de los morosos arribistas del burgo.

Ahora nadie se asoma a la impiedad de este bazar sin dueño.
Ya los hombres no labran, embroman su tristeza con vapores
 violáceos,
juegan la adivinanza de escaldar su raíz aguardando la lluvia,
las cosechas posibles, el arribo tan gris de los barcos anónimos.
Las mujeres esconden la soberbia del vientre,
erigen nuevos dioses para rogar que el agua deje de estar infecta,
descuidan su esbeltez por acosar la sombra de un pasado increíble.
Las muchachas, los niños, los mancebos no salen a morderse en
 la plaza,
no hacen cómplice al río de su argot y sus bálsamos,
no me ofrecen sus carnes con el fervor ardiente de quien cumple
 una ofrenda.

La aldea que ahora rondo tuvo además memoria.
Los escribas forjaron unas verjas altísimas donde todo tenía la
 excelencia del círculo.
Los profetas dijeron que la vida era un toque de campanas
 eternas.
Los orates cantaban unos salmos capaces de aplacar el misterio.
Hoy escribas, orates y profetas se marchan.
Los verdugos, los jueces, se trastocan en monjes.
Los guerreros no blanden sus espadas con garbo.
Nadie atina a crear otro pueblo en la niebla.

Esa aldea que rondo no sé bien si ahora existe,
o si sólo la invento por tener una historia donde yo sea el testigo.
Soy un lobo tan viejo que confundo los sitios, los altares, los
gestos,
y me es arduo ordenar el derrumbe entrevisto cuando aún era un
cachorro.



Jesús David Curbelo
(Camagüey, 1965).
Poeta, narrador, crítico
y traductor literario.
Jefe de la Redacción
de Poesía en Ediciones
Unión y profesor adjunto
de la Universidad de La
Habana. En la última
década, ha publicado más
de diez poemarios, tres
novelas, tres libros de
cuento y traducciones de
Donne, Du Bellay, Dante
y Blake. Recibió el Premio
Nacional de la Crítica en el
año 2001.

El lobo y el centauro arraiga en una tradición existencial y metafísica sin mayores precedentes en la poesía cubana. El libro invita por igual la reflexión ontológica y la lectura puntual de nuestra realidad histórica. De la garra del lobo –símbolo milenario de la crueldad y la guerra, pero también de las transformaciones y la sabiduría, de la victoria y el valor–, recorremos la aldea que avasalla y contempla con similar impiedad. Curbelo retoma el lobo donde Darío lo abandona, puesta a un lado la ilusión en todas las transacciones y afincado en su ser con una entrega total: “A mí me sobra fe para ser lobo, / y me sobran terrores, alabanzas, enigmas / donde urdir la masacre de mi raza, / y reírme de los tigres, los pastores, / las trampas que me tienden la perfección y el juicio.” *Los sonetos del centauro* nos ponen frente a un ser de temple no menos brioso, pero abierto a la duda, al diálogo, al abrazo, confundido con los otros en una trama de emociones, acomodados y bregares que “debilitan” o escinden su naturaleza. Más que seres antagonicos, lobo y centauro aparecen como distintos momentos o posibilidades del ser; perspectivas encontradas –y poéticamente logradas– sobre nuestro devenir.